HARLEQUIN®

Deseo®



Toda tuya

Catherine Mann

Deseo®

Toda tuya

Catherine Mann



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Catherine Mann. Todos los derechos reservados.
TODA TUYA, Nº 1465 - 12.7.06
Título original: Baby, I'm Yours
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8196-8
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

–Ah, demonios, se ha roto.

En cuanto esa frase salió de su boca, Vic Jansen hubiera querido recomponerla para que sonase mejor. Pero, ¿cómo se le dice elegantemente a la mujer desnuda que uno tiene sobre las piernas que el preservativo acaba de sufrir un catastrófico fracaso?

Aquello no debería pasarle a dos adultos por encima de los treinta años.

–¿Cómo que se ha roto? –exclamó Claire. El aliento femenino en su pecho despertó otra corriente de pasión, aunque no debería después de un fin de semana de sexo maratoniano.

Vic miró a su amiga de seis meses y amante de tres días. Años de práctica veterinaria lo habían preparado para caballos hostiles y gatos furiosos, pero en aquel momento no se sentía preparado para lidiar con el posible embarazo de Claire McDermott.

Y recordar a la hija que había perdido le resultó en aquel momento más duro. No que-

ría pensar en coletas, muñecas Barbie... coronas funerarias.

–Eso es lo que he dicho –suspiró Vic, pasándose una mano por la frente para secarse el sudor, a pesar de ser una fría mañana de enero–. Se ha roto el preservativo.

–No puede haberse roto –protestó ella, asustada, mientras se incorporaba para taparse con el vestido.

–Te lo aseguro.

–Sé que un preservativo sólo tiene un noventa y seis por ciento de fiabilidad, pero ese cuatro por ciento de error sólo le pasa a los idiotas que no saben usarlo.

–Pues me parece que esta noche los dos, que somos idiotas por lo visto, nos hemos cargado la estadística –Vic se agarró a la barandilla del barco.

Claire lanzó un bufido para apartar el flequillo y luego, como seguía teniendo el pelo en la cara, se pasó la mano por la melena de color caramelo.

–¿Seguro que el preservativo no se ha enganchado en un anzuelo o algo así?

–Claire –Vic la tomó por los hombros–. ¿Crees que no me habría dado cuenta si se me hubiera enganchado el preservativo en un anzuelo?

–Sí bueno, es verdad. Pero es la última vez que tú te encargas de comprar preservativos. A saber qué marca habrás comprado.

Él soltó una risita.

–Pues es uno que había en tu mesilla –dijo, poniéndose los vaqueros–. Ya que habíamos usado todos los míos...

El ruido de las olas golpeando el casco del barco llenaba el silencio mientras Claire se ponía su ropa interior de encaje.

Vic hizo una mueca. La suya era una amistad entre personas opuestas: Claire, con su ropa interior de encaje y él con camisas de franela y pantalones vaqueros. Pero era una amistad que había aprendido a valorar durante los seis meses que habían pasado desde que vendió su clínica veterinaria en Dakota del Norte y se mudó a Charleston, Carolina del Sur, lejos de los recuerdos de su hija y su ex mujer.

Sin embargo, a pesar de haber buscado una existencia solitaria e itinerante viviendo en un barco, cada vez más a menudo se encontraba yendo al restaurante Beachcombers para probar la comida de Claire, tomar un vaso de té frío y ver su dulce sonrisa.

Pero ella, de repente, sólo parecía interesada en abrocharse el vestido.

–Los preservativos que había en mi mesilla eran viejos. Hace tiempo que no me acostaba con nadie.

–¿En serio?

–En serio.

Vic la apretó contra su pecho y ella se resistió un poco... antes de ceder.

–No tengo ninguna enfermedad de la que debas preocuparte, si eso hace que te sientas mejor.

–Yo tampoco. Y no es ninguna sorpresa, dado que no tengo vida sexual.

–¿Hay alguna posibilidad de embarazo?

–Mejor no te lo cuento.

–Sí, bueno, vamos a dejarlo.

La idea de que estuviera embarazada le daba pánico, pero Claire merecía que la animase un poco.

–No hay por qué ponerse nervioso sobre algo que podría no pasar. Hablaremos de ello si hace falta, pero quiero que sepas que estoy contigo.

Claire lo miró en la oscuridad, esperando... ¿qué? Finalmente, sacudió la cabeza.

–Como tú mismo has dicho, ya hablaremos.

Luego tomó su jersey y saltó al muelle para volver a su restaurante-casa, en primera línea de playa.

Abrochándose la cremallera del pantalón, Vic la siguió hasta allí. Estaban ya en enero, pero las luces navideñas de algún comerciante olvidadizo iluminaban el camino. Pensó por un momento dejarla en paz, pero le debía un favor por devolverlo a la vida después de estar varios años con el corazón anestesiado.

Y eso significaba que no podía dejarla ir así como así.

Mientras la seguía, intentaba abrocharse la camisa, pero le faltaban algunos botones... fruto de la pasión de Claire.

–Espera un momento.

Iba sin zapatos, pero le daba igual. No podía dejar que el fin de semana terminara así.

–Espera un momento, Claire. Sé que necesitas que diga algo, pero la verdad es que no se me ocurre nada.

La tensión de sus hombros lo alarmó. Claire estaba más que enfadada. Estaba asustada. ¿Qué miedos tenía que no había compartido con él?

Y qué momento para darse cuenta de que no eran amigos de verdad, que no sabían mucho el uno del otro. Sólo eran compañeros de bar que habían compartido cama.

–Mira, Vic, déjalo.

–Eres la mujer más exasperante y más increíble que he conocido en toda mi vida. Pero a mí no se me dan bien las palabras bonitas.

Ella lo miró, con la barbilla levantada.

–Quiero estar sola. Pero te prometo que te lo diré si...

No tenía que terminar la frase. Su expresión lo decía todo. No podían volver a verse por el momento y eso lo disgustó más de lo que le habría gustado reconocer.

–Muy bien. Estaré esperando noticias tuyas. Ya sabes dónde encontrarme.

Y luego se alejó de Claire, de su perfume, de su sonrisa.

Cuando la vio entrar en el restaurante tuvo una sensación de déjà vu. ¿Cuántas veces tendría que ver a gente que le importaba desapareciendo de su vida?

Casi era mejor estar anestesiado.

Capítulo Uno

Charleston, Carolina del Sur. Tres meses y medio después

–Claire, si tratas a los hombres con la misma finura con la que usas esa varilla, no me extraña que duermas sola.

En la cocina del abarrotado restaurante, Claire soltó la varilla con la que estaba removiendo el julepe de menta.

–Yo no sé mucho de varillas. Prefiero cosas más sustanciosas –bromeó, mientras tomaba unas hojas de menta del tiesto que tenía en la ventana y controlaba el deseo de decirle a su hermana que ella sabía tratar a un hombre con finura o sin ella.

De hecho, había tratado a uno demasiado bien tres meses antes.

Y ahora tenía un recuerdo permanente de ese fin de semana.

–Eso sí que es nuevo. No sabía que tuvieras una vida amorosa –rió Starr.

–¿Yo? Estoy demasiado ocupada como para tener una vida amorosa.

Estaba ocupada, sí. Aquel día en particular, un sábado, tenía que dar de comer a los parroquianos del Beachcombers. E incluso con la ayuda de sus dos hermanastras, copropietarias del negocio, pronto estaría aún más ocupada con un niño en brazos. Aunque no pensaba dar esa información por el momento.

Antes tenía que decírselo al padre de la criatura.

Y lo haría, cuando estuviera un poco más tranquila. Había estado retrasando el momento de hablar con Vic por una cuestión práctica. ¿No? Ella era una persona razonable y siempre tomaba decisiones prácticas.

Excepto una vez. Y había terminado como su madre: embarazada y sin marido. Pero, al contrario que su madre, Claire tenía recursos. Nadie la obligaría a dar al niño en adopción o entregarlo a los Servicios Sociales.

Starr empezó a sacar cubiertos al ritmo de la música que salía de los altavoces.

–¿Quién ha dicho nada de amor? Estoy hablando de salir con alguien, de pasarlo bien.

–Yo lo paso bien. Me gusta mi trabajo –replicó Claire, apartándose para dejar paso a un camarero que llevaba una plato con lenguado relleno.

El favorito de Vic.

Entonces, sin pensar, se llevó una mano al vientre, pero se detuvo mirando a su hermana por el rabillo del ojo. A Starr no se le pasaba una, una habilidad desarrollada en las calles, antes de que acabara en la misma casa de acogida que Claire y su otra hermanastra, Ashley.

Claire miró las puertas batientes con anhelo. Si pudiera salir de aquella abrasadora cocina, si pudiera alejarse de todo...

Pero no podía salir de allí porque Vic Jansen había aparcado su estupendo trasero en el restaurante.

–Trabajo –repitió Starr, irónica–. El trabajo no te calienta la cama.

«No pienses en Vic». «Ni en los besos de Vic, ni en la cama de Vic». «Ni el musculoso cuerpo de Vic bajo tus dedos, ni en su cuerpo cubriendo el tuyo con seductora dulzura y total confianza».

Oh, no. Alerta hormonal.

Claire tomó un puñado de alcaparras y abrió el grifo para lavarlas.

–Cocinar es relajante –murmuró. El orden en medio del caos–. Lo pasé muy bien anoche adornando el pastel para la fiesta de cumpleaños y luego escuchando la lluvia golpeando sobre mi tejado.

Hasta que se quedó dormida con el bote de nata en la mano.

Claire empezó a cortar las alcaparras como si quisiera matarlas.

El trabajo no le calentaba la cama, eso era cierto, pero tampoco la confundía como el hombre que estaba comiendo a unos metros de ellas. Ella necesitaba seguridad en su vida, especialmente ahora. Aunque aún no diera grandes beneficios, su negocio era seguro y más estable que cualquier hombre.

Entonces oyeron un estruendo en el pasillo.

Claire hizo una mueca y la supersticiosa Starr echó un poco de sal por encima de su hombro.

Otra razón para no decir nada sobre el niño. Claire se negaba a aceptar, como seguramente insistiría Starr, que su embarazo era otro golpe de mala suerte, como el agujero en el tejado, la cañería rota, el escalón del porche suelto...

Todas reparaciones caras, pero necesarias para mantener el negocio.

Algunos días se preguntaba si había alguien intentando arruinarle la vida.

Pero no pensaba dejar que eso pasara. Aquel viejo restaurante, una antigua mansión que tenía casi doscientos años, era el único hogar de verdad que había tenido nunca.

Su madre biológica había ido de apartamento en apartamento, de albergue en albergue, dependiendo del dinero que tuviese en la cartera. Tina McDermott había intentado

darle un hogar a su hija, pero fracasó miserablemente. Era lógico, una cría de diecisiete años a la que sus padres habían echado de casa... la pobre no tuvo muchas opciones.

El departamento de Servicios Sociales se había hecho cargo de Claire al descubrir que Tina la dejaba sola para ir a trabajar de noche en un bar de camioneros. Luego la llevaron con una mujer excéntrica y estupenda que vivía en una mansión desvencijada, sin dinero y con media docena de hijas de acogida que entraban y salían de la casa cuando conseguían una familia de adopción.

Todas menos Starr, Ashley y ella.

Cuando «la tía» Libby murió, un año antes, les dejó la casa a las tres. Abrir un restaurante era casi un sueño imposible, pero habían puesto tanto empeño...

Starr le pasó una cesta con servilletas a uno de los camareros y se volvió hacia Claire.

–A lo mejor me estoy poniendo pesada porque me preocupa que trabajes tanto. No te ofendas, pero estás horrible.

–No me ofendo –murmuró Claire, sin dejar de cortar alcaparras–. Yo no me ofendo nunca, ya me conoces. Además, ¿quién no estaría horrible a la hora de la comida en un restaurante lleno de gente?

No podía controlar ni el cansancio ni el sueño que le provocaba el embarazo, pero se sentía orgullosa de lo organizada que era, una